CAPITULO X.

DE LA DICCION Y DEL PORTE.

Si la diccion del orador es desaliñada, se dice que obra sin ceremonia y con familiaridad excesiva; si teatral, que quiere lucir.

Un acento provincial cualquiera, sobre todo si es pronunciado, choca en la tribuna y perjudica al efecto de la diccion.

Hay tal Alsaciano cuyo acento pastoso haria reir nuestras verduleras, y lo mismo puede decirse del acento pesado del Normando ó del agudo del Languedoc. No se debe chillar como un tiple agrio, ni salmodiar en canto llano, sino limpiarse de todo resabio de gerga provincial, y acordarse que para ser recibido en la nueva Atenas hay que hablar un lenguage elegante.

El porte comprende el vestido y la postura, y el orador debe cuidar mucho su exterior.

Tal orador se figura que la Cámara rie á carcajada de sus chistes desabridos, y no hay tal; si rie es de una mosca porfiada que

expele y no quiere dejar la punta de su nariz.

Los guantes amarillos del general Sebastiani, viejo galancete, preocupaban mas la Cámara que sus graciosas disertaciones sobre la deuda americana.

Póngase á Demóstenes un vestido rojo y una peluca de medio lado, y una risa descompasada invadirá á nuestros Atenienses, aun en el mas patético momento, cuando dirá el orador : « Lo juro por los manes de los héroes muertos en Maraton. »

¡ O Atenienses, Atenienses! es necesario haber vivido entre vosotros para conoceros.

Seguramente se debe tomar en cuenta la edad, el estado, el rango, el caracter, y no admite duda que los preceptos se modifican segun las personas; pero sea quien fuere el orador, no debe

plantarse con la mano en la cintura como un fanfarron, ni llevar erguido y rizado el tupé para darse mayor semejanza con el Apolo del Belveder, ni jugar como por descuido con la cadena de su lente, ni rodar ojos encendidos como un endemoniado, ni gesticular como un jugador de manos, ni ajustar los dientes postizos, ni bajarse la peluca hasta los ojos, ni presentarse despeinado como un gato espeluzado, ni hacer brillar el rubí de su sortija, ni dejar caer los extremos de su corbata, ni echar para atras el cuello de la levita, ni levantarse las mangas para estar mas á la fresca, ni dejar pasar la camisa entre el chaleco y el vestido inferior, ni volver la cabeza á uno y otro lado como los osos en los museos, ni beber lo que queda del agua azucarada que bebió á medias el preopinante, ni dejar caer en la confusion torpe de su declamacion, los libros, papeles y anteojos, ni escaladar la tribuna con la petulancia de un fitiritero, ni llegar á ella como los llorones de entierro que hisopean á un difunto con agua bendita, ni hablar dando vueltas á su caja de tabaco entre el pulgar y el índice, ni apoyarse en ambos codos para hablar familiarmente con la Cámara, ni interrumpir el discurso para hablar incidentalmente con los miembros de la mesa, de los corredores ó los apostrofadores de la Cámara; ni cerrar los ojos en éxtasis afectado, ni fijarlos en el techo como si de él debiese provenir la inspiracion; ni amenazar con el gesto sus adversarios, como tampoco lanzarles palabras ó miradas injuriosas; ni ofender por la ostentacion de las decoraciones la igualdad de la asamblea; ni mostrarse en trage de baile, ó de corte, ó en trage de casa, ó vestido de viage; sino conviene que un orador se presente aseado sin afectacion, y natural sin abandono. En una palabra, un diputado que sube á la tribuna, no conviene que declame como un abogado ó un autor trágico, ni como un fraile, sino como un orador, y debe presentarse como todo el mundo.

CAPITULO XI.

AFORISMOS DE LA ELOCUENCIA PARLAMENTARIA.

No se debe, á todas horas, y por cualquier motivo subir á la tribuna. Yo me canso, dirian nuestros modernos Atenienses, de oir continuamente à Demóstenes.

Un argumento repetido es como una comida recalentada.

Cuando el orador en gefe ha herido con el filo de su cuchillo, no conviene que un orador-soldado dé en el mismo parage con el plano de su sable.

Cuando un ministerial ha dejado soltar una sandez, no debe re-

petirla un anti-ministerial aun mas necio.

Cuando la asamblea se halla dispuesta á llorar, hay que dejarla en su agitacion y no hacerla reir.

Cuando se ve que sus ojos se cierran de fatiga y que va á dormir, no se debe tocar la zampoña para que su sueño sea mas profundo.

Cuando se gana la partida en una grande cuestion, importa no

perderla en una pequeña.

La elocuencia parlamentaria no debe abandonarse sin freno á sus transportes; y necesita un guia, una regla de experiencia para agradar, conmover y convencer; por cuyo motivo diremos al orador:

« Entrad en materia con sencillez, y proceda naturalmente el exordio del asunto.

« No afecteis ni falsa modestia ni desden soberbio.

« No seais humilde ni orgulloso, sino verdadero.

« No os anegueis en la prolija verbosidad de las precauciones oratorias.

« Sea vuestra exposicion lisa, llana, clara, variada y atrac-

tiva, y que del órden ingenioso de los hechos, se colija el de los

« No multipliqueis los gestos, no sea que, en vez de escucharos,

os mire tan solo la Cámara.

« Que vuestra voz no sea ni pesada ni precipitada, ni sorda ni chillona, para que no distraiga de la idea que emitis.

« No reciteis de memoria, como un niño de escuela, para dar á entender que improvisais un discurso laboriosamente entretejido, y que habrá tal vez recibido el taquígrafo del Monitor.

« Si sois militar, no conteis historias de vivanderas, jurando y con la pipa en la boca; ni retorzais el bigote como un erizo, ni

estropeeis vuestro idioma.

« Si sois abogado, no eleveis con dolor vuestros ojos y brazos á Júpiter tonante con motivo de una coma olvidada; ni desleyais una idea en un océano de palabras, y sobre todo no olvideis que si habeis comenzado teneis que acabar.

« Si sois sabio, no empleeis las voces técnicas para dar á entender que sois nuestro superior, y que no somos dignos de oiros; al contrario, procurad poneros al alcance de los ignorantes que os escuchan, para que estos queden ufanos y satisfechos al ver que os comprenden. Tampoco debeis abandonaros á digresiones excesivas, ni olvidar que la Cámara no es una academia, que el discurso no es una leccion, y que las leyes no deben redactarse en estilo de escuela.

« Escoged, con un instinto rápido y seguro, entre los medios que teneis á mano, el medio mas luminoso, aunque no sea tal vez el mas sólido; pero que, segun la disposicion de los espíritus, la naturaleza del negocio y la singularidad de la circunstancia, es el

mas adecuado para impresionar la asamblea. « Dominad con fuerza la atencion de esta; excitad su piedad ó su indignacion, sus simpatías, su repugnancia ó su pundonor; mostraos como animado de su soplo y ebrio de sus inspiraciones, al paso que le comunicais las vuestras. Cuando habreis conseguido, en cierto modo, haber separado todas estas almas de su cuerpo, y vendrán por sí mismas á agruparse entorno de la tribuna, cautivadas por el poder magnético de vuestra mirada, entonces no andeis con miramientos, pues os pertenecen, y todas se confunden con la vuestra. ¡Ved como siguen sus flujos y reflujos! ¡como descienden y se elevan! ¡ como desean lo que vos deseais! ¡ como hacen lo que vos haceis! Continuad sin reposo, marchad, apretad

vuestro discurso, y pronto vereis palpitar y jadear todos los pechos, porque el vuestro palpita y jadea; todos los ojos iluminarse, porque los vuestros chispean; ó llenarse de lágrimas, porque los vuestros se humeceden. Todos los vereis suspendidos á vuestros labios por las gracias de la persuasion, ó por mejor decir nada vereis, tan dominado os hallareis por vuestro enagenamiento; os sentireis doblar y sucumbir bajo vuestro genio, y sereis tanto mas elocuente cuanto que ningun esfuerzo hagais para parecerlo.

« Anudad vuestras transiciones sin apuro y que nazcan todas de la discusion.

« Sed en vuestra exposicion claro, exacto, preciso, imparcial.

« No procureis decirlo todo, sino decirlo bien.

« Si la Cámara está distraida, llamad su atencion por lo grande de la causa ó por el sentimiento del deber. Si está alborotada, dominad el estrépito por el resueno tronador de vuestra palabra.

« Cuando veinte y nueve oradores han agotado la cuestion, no la trateis por trigésima vez. No remonteis, en el órden de vuestras pruebas, hasta nuestro padre Abrahan, ni digais que Dios hizo el cielo y la tierra, los cuales deben acabar un dia, sino acabad vos mismo.

« Fijaos con preferencia al lado nuevo de la cuestion, pues así causareis recreo al auditorio y pasareis por ingenioso.

« Si exhausta está la atención de la Cámara, no subais á la tribuna, pues no seriais escuchado, y es mortal para un orador el no serlo.

« Así como solo los objetos de gran tamaño son visibles á lo lejos, así solo las razones aparentes son las que hacen impresion en la mayoría del auditorio : así conviene prescindir de lo demás.

« Tal poderosa razon que la víspera hubiera bastado á conmover la Cámara, la encontrará inerte el dia siguiente; así si esta razon se halla en vuestro discurso escrito, conviene borrarla y callarla, si improvisais.

« Si el orador que os ha precedido ha hablado en tono jocoso, hablad en tono grave; si ha hablado grave, sed festivo, sin olvidar que el mismo sonido repetido cansa el oido, y que hablais en presencia de una asamblea francesa, la mas distraida, caprichosa y mugeril de todas las asambleas del mundo.

« Si quereis que os escuchen, y seguramente no podeis tener otro fin, evitad de hablar en propia causa, y por vuestro distrito ó lugar; ni digais: Ruan que me ha visto nacer, Nantes me ha enviado, tengo el honor de representar la ciudad de Leon. Os engañais, señores, no representais á Ruan, Nantes y Leon, sino la Francia.

« No digais : Soy Gascon , soy Breton. ¿Qué nos importa que seais de Tebas ó de Atenas con tal que hableis griego?

« No seais fisgon en demasia, pues se podria decir : Es un hombre de chispa y nada mas; ni tampoco seais un discurridor perpetuo, porque os acusarian de monotonía.

« Si quereis ser perpetuamente interesante sed perpetuamente

diverso.

« Mientras que un medicamento se ciñe á mojar la piel, la suaviza; mas si el efecto se prolonga la hiela. Lo mismo sucede con un discurso.

« Lo difícil para un orador no es tanto el encontrar palabras, como el saber cuando deben cesar estas.

« Si arrastrado por el torrente de la improvisacion, temeis el no acabar á tiempo, ataos un hilo al pié, y cuando sintais que os tira algun amigo complaciente, deteneos y bajad de la tribuna.

« Otro aviso: si sentis que vuestras flechas embotadas no causan lesion, que las conversaciones suspendidas vuelven á empezar, que los oyentes mueven la cabeza, que en todos los bancos se notan señales de distraccion y cansancio, que un bostezo epidémico recorre el auditorio, y que sus párpados se cierran, temed que, antes de acabarse vuestro discurso, la Cámara entera se abandone al sueño, y concluid cuanto antes.

« No deis continuos golpes en el mármol de la tribuna, no sea que espanteis las graciosas cariátidas que las sostienen, y que en lugar de tomar parte en vuestra agitacion, los circunstantes teman tan solo que os luxeis la mano.

« No os dejeis arrancar, por el brio del discurso, concesiones que mas tarde pueden pesaros, ni acepteis el combate en terreno que no conozcais; pues la simulada generosidad de vuestros enemigos podria ser una emboscada.

« Atended mas á lo que se calla que á lo que se dice, á lo que

se oculta que á lo que se descubre.

«Hablad para decir algo, y no para que se diga que habeis hablado.

« Si teneis un argumento nuevo y decisivo, guardadlo en reserva, y no lo entregueis á la discusion sino cuando hayais pre-

parado los espíritus á recibirlo, y cuando solo aguardarán esta pieza, en cierto modo, para tomar un partido.

« No os mofeis por el estéril placer de mofaros y por hacer ver que teneis chispa y chiste, sino para hacer ver lo ridículo ó lo falso de un argumento. Y si vuestro adversario os lanza una personalidad, derribadlo entonces de un solo golpe.

« Domeñad vuestras pasiones para poder domeñar las agenas; no os amostazeis sino contra lo arbitrario; no demostreis amor mas que por la patria y libertad, y solo admiracion por el desinterés y virtud.

« Que teóricamente cundan tan lejos como es posible las consecuencias de vuestros principios, pero en la práctica ceñios á exigir lo que es posible.

« Por último pensad que vuestras leyes deben labrar la dicha ó la infelicidad de un pueblo, protegerlo ú oprimirlo, moralizarlo ó corromperlo. Hablad pues como si os escuchase; hablad como si os viese; que nunca se aparte de vuestros ojos su imágen santa y venerable. »

LIBRO II.

DE LOS DEMAS GÉNEROS DE ELOCUENCIA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA ELOCUENCIA DE LA PRENSA.

¿La Prensa es el primero ó el cuarto poder del estado? Cuestion controvertida.

Bajo el punto de vista de las ficciones constitucionales, la Prensa no es siquiera un poder; pero considerada desde la altura de la verdadera realidad, la Prensa es el primero de los poderes.

En efecto aquel que habla siempre acaba por triunfar del que no siempre habla.

El que promueve la publicidad es, en definitivo, dueño del que la recibe.

Solo el poder que incesantemente obra, en otros términos, el Gobierno, puede luchar á armas iguales con el poder que incesantemente habla, esto es con la Prensa.

Así el Gobierno procura introducir cuantos empleados puede en la Cámara, y la Prensa todos los oponentes que le es posible.

De ahí procede ese perpétuo vaivén de la ola política, que empuja el pueblo, ora contra los excesos del órden, esto es, el despotismo, ora contra los excesos de la libertad ó la anarquía.

Si bien se examina, el poder ejecutivo y ambas Cámaras, de las cuales una se compone exclusivamente de funcionarios, y la otra casi enteramente, flanqueadas de la Prensa ministerial, apenas pueden defenderse contra los ataques de la Prensa de oposicion.

Y sin embargo hay quien pregunta si la Prensa es el cuarto poder del estado, y aun si es un poder; verdadera disputa de palabras.

Si, la Prensa es un poder, pero este poder posee mas fuerza